

BIBLIOGRAFIA

ECHEVERRIA, Javier, *Análisis de la Identidad (Prolegómenos)*, Ediciones Juan Granica, Barcelona, 1987, pp. 314.

Esta obra suscitará el interés, la reflexión y, en algunos extremos, la crítica del lector avezado en esta área en la que la lógica, la gramática, la matemática y la lingüística devienen filosofía. El propio autor advierte del análisis de la identidad que está proponiendo: «Nadie espere verlo sintetizado finalmente en forma de proposición atribuible a un autor con nombre propio y derecho de propiedad sobre la tesis correspondiente. Elija cada cual más bien su propia proposición, lea, recuerde, subraye, escriba, critique y comente, pues sólo en la interconexión de esos procesos semióticos estará, "idéntico a sí mismo", el análisis de la identidad al que aquí se alude» (p. 266). Efectivamente, el análisis cabal de la identidad no se llega a realizar y, por ello, resulta acertado limitar el empeño con el subtítulo entre paréntesis "*Prolegómenos*", tal como figura en la portada (pero no en la cubierta ni en la anteportada).

El libro está dividido en dos partes claramente diferenciadas, de extensión análoga, pero de interés—en mi opinión— desigual, seguidas de un breve y audaz apéndice con el título "Ensamblajes de signos" en el que Echeverría presenta, "con toda la provisionalidad que le caracteriza" (p. 308), unas bases epistemológicas para

una semiología de la ciencia.

La primera parte del libro —distribuida en cuatro capítulos— está dedicada a las "cuestiones proemiales" de todo análisis de la identidad: la pregunta por la identidad, las maneras de responder y de referirnos a la respuesta, y el modo de escribirla que nos descubre el "postulado de repetibilidad de la escritura" ocupan el primer capítulo (pp. 23-36), en el que Javier Echeverría se distancia de manera quizá algo estridente de la denominada filosofía analítica: "no creo que la peor escolástica medieval hubiera llegado a producir una proliferación tal de distingos, en su inmensa mayoría irrelevantes, pero propuestos y citados con el mayor aparato cientificista, cual si del último descubrimiento en ingeniería genética se tratase" (p. 34). El capítulo segundo (pp. 37-56) se centra en el análisis de la escritura en diálogo con la reflexión cartesiana: "Descartes dudó de todo menos de su propia escritura de la duda. En base a ello pudo retomar el hilo de su discurso meditación tras meditación, jornada tras jornada" (p. 45). En el tercero (pp. 57-112) Echeverría identifica con originalidad cinco rasgos comunes a todas las expresiones gráficas de la identidad (linealidad, significatividad, tamaño, bidimensionalidad, homeomorfismo) y describe las formas de escribir la identidad por parte de Aristóteles, Hegel, Heidegger, para pasar a exponer con singular acierto el uso de la identidad en los *Principia Mathematica* y sus presupuestos implícitos acerca de la

BIBLIOGRAFIA

identidad de la variable, y la fundamentación, siguiendo a Kleene, de la ley de identidad por medio de tablas de valores. *Excursus epistemológico* es el título del último capítulo de esta primera parte (pp. 113-49). Resulta quizá algo absoleto por tratarse de una crítica epistemológica del *Tractatus* y de *La filosofía del Atomismo Lógico*: "a la base de estas teorías —justifica el autor (pp. 113-4)— actúa una deficiente concepción de la designación que ha dado lugar a líneas de investigaciones lógico-semánticas equivocadas, centradas en el criterio empirista de significado (...) Las dos obras aludidas, en concreto, todavía mantienen su renombre, e incluso un cierto grado de influencia. Refutarlas, reducirlas al absurdo, y extraer de esa labor crítica nuevas hipótesis gnoseológicas es la tarea del presente capítulo, esencial dentro de las propuestas que se presentan en la presente obra". La última sección del capítulo "La intercorrespondencia entre sistemas de signos" expresa "la postura gnoseológica que, a título de hipótesis (...) va a presidir el presente trabajo" (p. 142), remitiendo su paternidad a la *característica leibniziana*.

En la segunda parte, que tiene su origen directo en la transcripción de lo pronunciado por el Prof. Echeverría a lo largo de los cursos universitarios 1983-84 y 1984-85 en la Facultad de Zorroaga, Echeverría da cuenta —acudiendo a los textos— de las posiciones de Aristóteles, Leibniz, Frege y Saussure —"al igual que se podrían haber

elegido otros" (p. 17)— en torno a la noción de identidad. El estudio de Aristóteles, centrado en los libros I y VII de los *Tópicos*, ocupa el quinto capítulo (pp. 153-72) y el de Leibniz el sexto (pp. 173-200). Sobre este último merece destacar el anuncio de que en breve será preciso modificar las ideas en boga con la publicación próxima de textos inéditos: "En efecto, también en lo que atañe a la identidad basada en la sustituibilidad de términos se encuentran matices muy importantes entre sus fragmentos inéditos: muchos de ellos actuarán como una navaja de Ockam con relación a las polémicas suscitadas en torno a lo que se suele denominar *ley de Leibniz*" (p. 195). El capítulo séptimo está dedicado a la exposición, con cierto detenimiento, del pensamiento de Frege, pero sobre todo a explicitar las dificultades inherentes a su planteamiento, de forma que Frege aparece como un lógico de primera magnitud, pero con el que no congenia el autor. El capítulo octavo es una ponencia sobre Cantor presentada por Echeverría en un coloquio organizado en 1982 en su Facultad, que resulta algo disonante del resto del libro, por consistir en un tratamiento anárquico de la identidad (pp. 237-51). El capítulo noveno, dedicado a Saussure, resulta muy interesante, quizá porque el autor siente mucho más entusiasmo por el lingüista ginebrino ("en particular su teoría del signo, constituye una referencia fundamental para la presente obra", p. 253) que por el matemático

BIBLIOGRAFIA

Frege. "Una ontología saussuriana de la lengua constituye una tarea filosófica que merece la pena llevar a cabo" (p. 261), afirma Echeverría con rotundidad. El recensionador se identifica con el autor en el horizonte semiológico en el que la identidad debe ser estudiada, pero no confía tanto en encontrar en Saussure la clave terapéutica decisiva. El capítulo se cierra con una reflexión acerca de la lengua escrita, desconsiderada precisamente por Saussure, pero muy certeramente identificada por Echeverría.

Es una pena que Echeverría rehuya la discusión con los contemporáneos que han abordado esas mismas cuestiones en los mismos autores. Por ejemplo, su confrontación con Angelini a propósito de la noción fregeana de identidad hubiera sido de notable interés; y es también una pena que renuncie al estudio de las polémicas sobre la ley de Leibniz por mor de la autenticidad: "No entraremos, por consiguiente en dichos debates, pese a que sean de gran relevancia, al objeto de atenarnos (...) estrictamente a lo definido por Leibniz" (p. 193). Esta limitación, unida al carácter meramente expositivo de muchas de sus páginas deudoras de su origen escolar, disminuyen el atractivo de este volumen. No obstante, el sólido tratamiento de los aspectos más vinculados a la matemática —que siempre nos son difíciles para los no expertos— resultan claros y bien expuestos. Por todo ello, es de esperar que la promesa de Javier Echeverría de una investigación

ulterior, más formalizada y con mayor amplitud, en la que se investigarán las diferentes expresiones de la identidad, así como de sus interrelaciones y diferencias (p. 233) pueda ser cumplida lo antes posible.

Dos observaciones de carácter menor: 1) Se echa de menos un índice de nombres y el elenco bibliográfico de las obras citadas, que facilite el manejo rápido del libro. 2) Resultan desconcertantes tanto la falta de uniformidad en el modo de citar y en la denominación que se da a algunas obras como el uso irregular de la cursiva o, en algún caso, de las comillas. Este desconcierto se acrecienta al leer que "la diversidad de expresiones para designar a un mismo individuo nunca es conceptualmente irrelevante, al menos desde un racionalismo como el leibniziano (...). No es lo mismo escribir *Leibnitz* que *Leibniz*, como tampoco es lo mismo escribir *Gottfried* o *Godofredo*" (p. 191). ¿Es relevante —por ejemplo— que al *Peri Hermeneias* se le nombre de tres maneras diversas a lo largo del libro: pp. 38, 68, 153?

La edición de la obra está cuidada, pero en su proceso de corrección no se han advertido al menos una veintena de erratas: "la *normalización* previa implícita a toda forma de escritura pública" (p. 310) siempre —también sin duda en esta recensión— admite grados.

Jaime Nubiola